

EL SOCIALISMO Y LA IMPRENTA: UN CICLO VITAL

Resulta imposible percibir la naturaleza de la vida colectiva consciente de toda época sin reparar en las formas y procesos materiales a través de los cuales se transmiten las ideas, es decir, sin prestar la debida atención a las redes de comunicación que permiten que el pensamiento tenga una existencia social. Es más, las sucesivas etapas del desarrollo de dichos medios y relaciones de transmisión (que en su conjunto podríamos denominar «mediasfera») sugieren una nueva periodización en la historia de las ideas¹. En primer lugar, nos encontramos con lo que podríamos llamar la *logosfera*: se trata del largo periodo que se extiende desde la invención de la escritura (y de las tablillas de arcilla, el papiro o los rollos de pergamino) a la llegada de la imprenta. Se trata de la edad del *logos*, pero también de la teología, en la que la escritura es, ante todo, el registro de la palabra de Dios, las sagradas inscripciones del jeroglífico. Dios dicta, el hombre transcribe, sea la Biblia o el Corán, y éste a su vez vuelve a dictar. Se lee en voz alta, en compañía; la tarea del hombre no es inventar sino transmitir las verdades recibidas.

Un segundo periodo, la *grafosfera*, discurre entre 1448 y aproximadamente 1968: desde la revolución de Gutenberg al apogeo televisivo. Se trata de la edad de la razón y del libro, de la prensa y del partido político. El poeta o el artista emergen como garantes de la verdad, la inventiva florece en un sinfín de referencias escritas; la imagen se subordina al texto. El tercer periodo, aún en expansión, es la era de la *videoesfera*: la edad de la imagen, en la que el libro es arrojado de su pedestal y lo visible triunfa sobre los grandes invisibles de épocas pasadas como Dios, la Historia o el Progreso.

Esta periodización mediológica nos permite situar el ciclo vital del socialismo, ese gran roble caído de un esfuerzo político fallido, en los últimos 150 años de la *grafosfera*, y explorar su ecosistema reparando en sus procesos de difusión. En este artículo no trataremos el socialismo en términos del valor intrínseco de ninguna de sus facciones. Por el contrario, el objetivo será captar la base mediológica común que subyace a todas sus ramificaciones

¹ Véase el *Cours de médiologie générale*, París, 1991; este ensayo está basado en la «Neuvième leçon. Vie et mort d'un écosystème: le socialisme».

ideológicas (de Fourier a Marx, de Owen a Mao, de Babeuf a Blum) empleando un enfoque que lo considere como un conjunto compuesto por seres humanos (militantes, líderes, teóricos), herramientas de transmisión (libros, escuelas, periódicos) e instituciones (facciones, partidos, asociaciones). El ecosistema adopta la forma de un sociotopo concreto, un medio para la reproducción de ciertos tipos de vida y de pensamiento, donde el tipógrafo profesional ocupa un lugar especial como nexo de unión entre la teoría proletaria y la condición obrera; se trata del mejor medio para la intelectualización del proletariado y la proletarización del intelectual, doble movimiento del que surgieron los partidos obreros. Un tipógrafo es la quintaesencia del «intelectual obrero o del obrero intelectual», el tipo ideal que se convertiría en el eje del socialismo: «el proletario consciente».

El ciclo vital de este ecosistema se inicia, al menos en Francia, poco después de la revolución de julio*. El saint-simonismo organizado nació una tarde de invierno de 1831, cuando el carpintero Gauny conoció al librero Thierry en París. El trabajo propagandístico para la «familia» saint-simoniana fue planificado con el fin de conquistar cada *arrondissement* [distrito]; mientras los directores locales se ocupaban de la educación de los obreros. De ahí surgieron encuentros entre sombrereros, pañeros, ebanistas y soladores por un lado, y empleados, impresores, grabadores y cajistas por otro. Este último grupo era el responsable de las clases vespertinas y, aún más importante, de la producción de sus periódicos: *Le Globe*, después *La Ruche Populaire*, *L'Union* y otros. El ciclo toca a su fin en mayo de 1968, Año Primero de la videosfera. No obstante, comprenderemos mejor el ciclo vital del socialismo si consideramos un arco temporal más amplio: la edad de la grafosfera. Nacida con la primera edad moderna, con el «advenimiento del libro», la grafosfera en sí misma comprende tres capítulos sucesivos: la reforma, la república y la revolución.

Estructura helicoidal

El inventor de la palabra «socialismo» fue Pierre Leroux, genial tipógrafo, enciclopedista y participante en la revolución de 1848. Nacido en 1797 e hijo de un camarero, Leroux estudió en la *École Polytechnique* [Escuela Politécnica], para después incorporarse a una imprenta donde perfeccionó una nueva técnica, el pianotipo. Fundó el diario *Le Globe* en 1824 y, junto con George Sand, la *Revue Indépendante* en 1841. Tras trasladarse a Boussac, montó su propia editorial hacia la que atrajo a una pequeña comunidad de discípulos y lectores. Fue elegido para la Asamblea Cons-

* Revolución de julio de 1830, levantamiento revolucionario ocurrido en París que motivó la abdicación del rey francés Carlos X y concluyó con la victoria de los liberales, que defendían una reforma constitucional sobre los defensores de la monarquía absolutista. El movimiento se extendió y provocó diversos levantamientos democráticos en el continente europeo, particularmente en Bélgica (que logró su independencia), Alemania, Italia y Polonia. [N. de la T.]

tituyente en 1871. La combinación libro/periódico/escuela, elementos de la estructura helicoidal del movimiento obrero, se prefigura en Leroux. El socialismo nació con la palabra impresa escrita en la frente.

El libro, el periódico o la escuela son reminiscencias de la cultura práctica que precedió a los programas políticos. El socialismo era un producto artesanal antes de convertirse en una mentalidad. Levantó el vuelo en un momento histórico concreto (1864, la Primera Internacional fundada en Londres; 1866, la Liga de Educación fundada en París; 1867, la rotativa inventada por Marinoni, que permitió que las impresiones se multiplicasen por diez), en el que reinaba una forma particular de conciencia. «La clase trabajadora del siglo XIX albergaba tres aspiraciones», escribió Pierre Bruno en sus memorias, publicadas en vísperas de la Comuna: «La primera es combatir la ignorancia, la segunda, combatir la pobreza, y la tercera, el apoyo mutuo»². De estas tres, la aspiración de mayor importancia era sin duda la lucha contra la ignorancia, punto de convergencia para las fuerzas de la razón, pues también el socialismo obrero era hijo de la razón, espíritu dominante de la era de la grafosfera.

Tipógrafos, intelectuales y maestros eran los tres sustentos del movimiento socialista, cada uno de ellos asociado a una pata del trípode mediológico. ¿Qué ofrecían a los trabajadores los ateneos obreros o las *maisons du peuple*? Una biblioteca, prensa, clases vespertinas y conferencias. Aunque hoy en día siguen existiendo tribunas, libros y prensa, el eje central de transmisión se ha trasladado a otro lugar y se ha llevado consigo todo el aparato de ceremonia, prestigio y valores que antaño confería un aura especial a los libros, los maestros o los conferenciantes peripatéticos de las asociaciones educativas obreras y *universités populaires*.

Está claro que la poderosa cultura oral tuvo un importantísimo papel en el movimiento obrero: arengas en los mítines, discursos en congresos, conferencias; Jaurès en Pré-Saint-Gervais³, Lenin en la Plaza Roja, Blum en Tours o en la Place de la Nation en 1936... Todos ellos se mostraban sin micrófono, a gritos, hasta caer en el agotamiento, ante decenas de miles de personas. Sin embargo, aunque los portavoces del socialismo confiaran tanto en sus púlpitos públicos como en su prensa, su retórica llevaba el sello de la cultura libresca y de una antigua familiaridad con la palabra escrita. Incluso sus improvisaciones tenían el tono del lector o del estudioso. Muchos de ellos eran grandes parlamentarios, oradores y tribunos de la tradición republicana clásica; pero sus alocuciones estaban formalmente fundadas en la palabra escrita, verdadero fundamento de la ley tanto a sus ojos como a los de las clases populares.

² Citado en Georges Duveau, *La pensée ouvrière sur l'éducation pendant la Seconde République et le Second Empire*, París, 1947.

³ El 25 de mayo de 1913 Jean Jaurès pronunció, ante un auditorio de 150.000 personas, un discurso contra el servicio militar de tres años que ya pertenece a la historia popular del movimiento obrero francés. [N. de la T.]

Los poderes de lo invisible

«Desde 1789, las ideas han constituido por sí solas la fuerza y la salvación del proletariado. A ellas les debe cada una de sus victorias», escribió Blanqui, uno de los autores que hicieron circular las ideas de 1789 en la Comuna de París. Los conceptos abstractos eran el abecé del aprendizaje del militante. Las nociones de proletariado y burguesía, así como las de fuerza de trabajo, plusvalor, relaciones de producción etc., que subyacen bajo ellas no son aprehensibles por los sentidos. Por otra parte, nos referimos a un proyecto o a un mito, la idea de una revolución «como debe ser» supone la negación y la trascendencia de lo inmediato, la superación del presente. Sea como discurso lógico o como empresa moral, la utopía socialista demandaba una ruptura interna con la «corriente cotidiana», un acto de fe que movilizase a los poderes del análisis conceptual para desglosar la asumida imaginiería social en elementos abstractos como la «explotación».

La escritura colectiviza la memoria individual; la lectura individualiza la memoria colectiva. El movimiento entre ambas favorece el sentido de la historia, saca a la luz las posibilidades del presente, crea a un tiempo telones de fondo y primeros planos; en definitiva, es fundamental para la idea de socialismo. Cuando fuera hace frío y la noche es larga, la memoria nos recuerda que no estamos solos. Memoria alfabética, como diría Hegel. Éste destacaba «el inestimable valor educativo» de aprender a leer y escribir con caracteres alfabéticos, opuestos a los jeroglíficos, y describe cómo el propio proceso de la escritura alfabética contribuye a volver la atención de la mente desde las ideas inmediatas e impresiones sensitivas a «la estructura más formal de la palabra y sus componentes abstractos», de manera que «confiere estabilidad e independencia a la esfera interna de la vida mental»³.

Todos los hombres de acción revolucionarios que he conocido, desde el Che Guevara a Pham Van Dong* pasando por Castro (no el autócrata sino el rebelde que un día fue), por no mencionar a las enciclopedias andantes conocidas como trotskistas, eran lectores compulsivos, tan devotos de los libros como impermeables a las imágenes. Un hegeliano lo explicaría afirmando que la lectura conduce al distanciamiento crítico y, dado que «no existe ciencia que no esté oculta» ni futuro sin «repetición» del pasado, a la anticipación utópica. La abstracción anima la acción, al igual que la memoria conduce a la innovación. Los grandes modernizadores inauguran su carrera con un salto hacia atrás: un renacentista procede con una

³ G. W. F. Hegel, *Encyclopaedia*, 459. [ed. cast.: *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio: para uso de sus clases*, Madrid, Alianza Editorial, 1999]. Pasaje analizado en la obra de Jacques Derrida, *De la grammatologie*, París 1967, pp.36-45. [ed. cast.: *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 1971].

* Pham Van Dong (1906-2000) fue un estrecho colaborador de Ho Chi Minh. Fue primer ministro de la República Democrática de Vietnam o Vietnam del Norte entre 1955 y 1976, y primer ministro del Vietnam unificado entre 1976 y su retirada de la política en 1987. [N. de la T.]

vuelta al pasado, un reciclaje y por fin, una revolución. Colón descubrió América en una biblioteca, gracias al examen de textos y cosmografías misteriosos. El *Ancien Régime* en Francia fue derrocado por admiradores, no de Montgolfier o Washington, sino de Lycurgus y Catón. Chateaubriand y Victor Hugo revolucionaron la literatura a fuerza de ruinas góticas, Nietzsche saltó por encima de Julio Verne con la ayuda de los presocráticos, y Freud revisitó a Esquilo.

La desgracia de los revolucionarios consiste en haber heredado algo más que el resto de la gente. La palabra escrita es vital para estos transmisores de la memoria colectiva, en la medida en que sus herramientas analíticas se forjan en sus tradiciones. Las ideas no se transmiten automáticamente; de hecho existen momentos históricos más o menos propicios para transmitir abstracciones, al igual que nos encontramos con mejores y peores conductores de la electricidad. El acto revolucionario *par excellence* irrumpe desde un sentido de nostalgia, de vuelta a un texto olvidado, a un ideal perdido. Tras la «re» de reforma, república o revolución (o de repetición, reinicio o relectura) siempre hay una mano que vuelve las páginas de un libro, del final al principio. Por contra, el dedo que oprime el botón de avance rápido de una cinta o de un disco nunca supondrá un peligro para el *establishment*.

Testigos de pergamino

Si las gacetas de noticias suponen un caldo de cultivo para la historia como espectáculo, el archivo es el caldo de cultivo para la historia como práctica. La historia del comunismo (como utopía revolucionaria, no como dic-tadura burocrática) es un cuento de archiveros y papeles viejos. El comunismo fue la invención libresca de Gracchus Babeuf, un especialista en derecho feudal que extrajo sus ideas fundamentales de Rousseau, Mably y de antiquísimos pergaminos. El concepto prosperó en los grandes almacenes de la palabra escrita. En palabras de Michelet, «mi historia de la Revolución francesa nació en los archivos, y la estoy escribiendo en su almacén central», es decir, en el archivo oficial. Los hombres se agitan entre los textos, los textos se agitan entre los hombres. Los mitos engendran actos que engendran mitos, y el movimiento de las narrativas estimula el movimiento de las gentes. Las Historias de Roma tuvieron su efecto en los diputados de 1789, la *Histoire des Girondins* (1847) de Lamartine y la *Histoire de la Révolution française* (1847) de Louis Blanc en los seguidores de la revolución de 1848, *Les misérables* (1862) de Victor Hugo en la Comuna y su *Quatrevingt-treize* (1874) en el nacimiento de la Tercera República.

El testigo fue pasando de mano en mano hasta dar la vuelta al mundo: de la Conspiración de los Iguales, fundada por el medievalista Babeuf, a la Sociedad de los Nuevos Ciudadanos, fundada por el joven bibliotecario Mao Zedong. Buonarroti (1761-1837), un año más joven que Babeuf (1760-1797), logró esquivar a la policía del directorio y sobrevivió a su amigo cuarenta años. En 1837, el relato de Buonarroti sobre la historia que vivieron juntos,

La conspiration pour l'égalité dite de Babeuf [La conspiración de Babeuf por la igualdad], publicado en Bruselas, donde Marx se refugió tras ser expulsado de París en 1845, encontró su primer apóstol en el joven Philippe Giot, paleógrafo y archivero. El exilio en Bruselas funcionó como crisol tras la Restauración de 1815. Buonarroti conoció a Varère y Vadier, antiguos delegados de la Convención, que organizarían los *carbonari*, semillero de las sociedades secretas que surgieron bajo la Monarquía de Julio, y de los que emergería la Liga de los Justos; ésta por su parte sería reformulada por Marx y Engels para convertirse en al Liga Comunista en 1847, junto con los delegados de Blanqui, «la cabeza y el corazón del partido proletario en Francia». Treinta y nueve años en prisión y cuatro sentencias de muerte: fue a través de Blanqui (1805-1881), apodado «el prisionero», que se produjo el paso del jacobinismo al socialismo, de 1793 a la Comuna de París; el mismo Blanqui que le entregó la antorcha a Vaillant, que se la pasaría a Jaurès, cuyo alias en *La Dépêche de Toulouse* era «El lector» y que a su vez fue sucedido por Blum, crítico literario de *La Revue Blanche*.

La imagen nos sugiere la de un maratón olímpico: el brillo de una carta (más luciérnaga que antorcha) que pasa de relevo en relevo, como si el revolucionario fuese un mensajero, y el corazón del mensaje descansase precisamente en su transmisión: un telegrama que relampaguea y viaja saltando entre postes humanos. Sin olvidar el susurro en los valles, las centenarias historias transmitidas de abuelas a nietos. «Mi infancia estuvo repleta de historias sobre la larga marcha de los pobres a través de los siglos», rememora el antiguo comunista francés Gérard Belloin.

Eran cuentos que surgían de un mendrugo de pan en el suelo, de una gota de sopa en el cuenco. Nos los contaban las abuelas, que los habían escuchado de jóvenes. Al igual que las corrientes subterráneas cuyo curso no puede ser rastreado pues sus aguas llegan a desaparecer completamente para después resurgir, así la crónica del campesino sufriente no conoce sus fuentes. Discurre subterránea, conducida por voces anónimas, y cada generación confía sus tribulaciones a la siguiente. Constantemente combina el pasado y el presente, pues ¿no es acaso tratar los problemas del pasado una manera de concederle atención a los de presente? ¿Ocurrió hace mucho? Sí, mi niño, hace muchísimo tiempo. ¿Cómo puedes estar seguro? Para un niño, ¿hace cuánto es hace mucho?⁴.

Tanto la prensa obrera como las bibliotecas socialistas eran un crisol de anarquistas, proudhonianos, leninistas y reformistas. Saint-Simon era copista, corrector de pruebas y librero; Proudhon, tipógrafo. También lo era Pablo Iglesias (1850-1925), fundador del Partido Socialista Obrero Español. Fue un periodista y tipógrafo español, José Mesa, quien, exiliado en París, transmitió la herencia de la Primera Internacional a Jules Guesde, jefe de reclutamiento del socialismo francés. Anarquistas y socialistas eran parientes enfrentados en el seno de una misma familia; panfletos, artículos, pe-

⁴ Gérard Bellin, *Nos rêves, camaradas*, París, 1979.

riódicos y suplementos literarios llenaban sus vidas. Ambos seguían la doctrina de Lutero de no escatimar ni esfuerzos ni dinero para fundar por doquier «librerías y bibliotecas de calidad». Los hijos de Marx y los de Bakunin compartían el mismo evangelio: leer y hacer que otros leyesen. Allá donde iban, dejaban una biblioteca. Hobsbawm consiguió medir el grado de penetración del socialismo entre 1890 y 1905 comparando el número de publicaciones anuales⁵.

El culto al libro tuvo sus predicadores. Así se dirigía Victor Hugo al trabajador analfabeto:

¿Has olvidado que tu libertador
es el libro? El libro está en los cielos;
Resplandece, pues brilla e ilumina,
destruye el cadalso, la guerra y la hambruna;
nos dice: no más esclavos ni parias⁶.

Encontramos también una versión triunfal, alegremente insurreccional, en el informe de Jules Vallès a su editor, en el que le anunciaba «las galeradas en una quincena, y el “tírese” en dos meses». «Respiro hondo, me crezco. El “tírese” es tan maravilloso como la orden de “¡abran fuego!”. En las barricadas, es un cañón que asoma entre las tablas». Y el propio Victor Hugo escribió: «Nada se parece más a un cañón que un tintero recién abierto».⁷

Clandestinidad en el este

Después de 1945 este heroísmo alfabetizador migró al Tercer Mundo, provisto de candiles, libros de ejercicios y bolígrafos. La emancipación a través de la alfabetización, las oscuras sombras de la superstición enterradas bajo millones de páginas blancas; este simbolismo eluardiano de la Europa del siglo XIX encontró su refugio, a mediados del siglo XX, en la lucha contra el «Occidente imperialista». La primera acción de la revolución anticolonial consistió en lanzar una campaña de alfabetización masiva⁸. El Libro Rojo se convirtió en el talismán de la China de Mao.

En la Europa del Este de la posguerra el proceso quedó congelado como en un enorme depósito de formas obsoletas; un museo de la palabra en el que las fuentes vivientes del pasado descansan fosilizadas. No obstante, aún

⁵ Eric Hobsbawm, «La diffusione del marxismo (190-105)», *Studi storici* XV, 2, 1974, pp. 241-269.

⁶ Victor Hugo, «A qui la faute?», *L'Année terrible* (1872). [ed. cast.: *Napoleón el pequeño; El año terrible*, Editorial Lorenzana, Barcelona, Lorenzana, 1964].

⁷ Jules Vallès, *L'insurgé*, Lausanne 1968, pp.49-49; Victor Hugo, *Oeuvres complètes*, París, 1968, vol. VII, pp. 678.

⁸ El hecho de participar, en 1961, en la campaña nacional cubana que puso a un millón de campesinos analfabetos en contacto con la escritura, fue algo así como un encuentro físico con el imaginario progresista del libro.

el aplicado y erudito «socialismo real» tenía alma de tipógrafo. Un vistazo a los indicadores de la UNESCO sobre número de libros per cápita, cantidad de bibliotecas, gasto medio por hogar en libros, etc., nos muestra cómo durante la Guerra Fría los países comunistas, con una economía en apuros y donde la cultura audiovisual apenas había penetrado, atesoraban todos los récords en la modalidad de papel impreso. Viajar por aquellas provincias del viejo mundo, en las que seguía viva la Europa occidental del siglo XIX, significaba contemplar el culto universal al libro y la idolatración de los escritores, hasta el punto de que las estrellas soviéticas eran más a menudo novelistas o poetas que actores o músicos. A la atrofia de la imagen acompañaba la hipertrofia del texto enaltecido con el aura de la censura.

En la línea de la «mejor» tradición zarista, los partidos de Estado tenían tanto respeto por el poder de la palabra que la mantenían bajo perpetua vigilancia, lo que convirtió a cada *samizdat* en una bomba de relojería. Todo se repetía, pero a la inversa. Bajo el Estado estalinista, la *intelligentsia* rusa retomó el consagrado combate tipográfico, su antiguo trabajo de topo. En definitiva, ¿de qué otra cosa nos habla la larga historia oculta de Rusia, desde el diario *Kolokol* de Herzen (1855), al periódico *Iskra** de Lenin (1900) sino de historias de prensa clandestina, boletines ilegales, libros cosidos en grandes abrigos? En el propio *Los endemoniados*, de Dostoyevsky, Verkhovensky conduce a Shatov a una trampa enviándole a localizar una imprenta enterrada en un patio de escuela.

Entre los diversos grupos de oposición, así como entre los disidentes y el Estado, las líneas de combate se dibujaban con tinta, sobre todo a través de la prensa. Los populistas rusos (antecedentes directos de los grupos de estudio y partidos marxistas) daban aún más importancia a la prensa de lo que lo hacían las sociedades secretas y *carbonari* de Occidente. Lenin se definió a sí mismo como un publicista⁹, a la manera de Chernyshevsky o Herzen, que se trasladaron a Londres debido a que no lograban tener acceso a caracteres cirílicos en Rusia. En contraste con la época de Brezhnev, mejor organizada y menos sedienta de sangre que la autocracia zarista, la propaganda por escrito precedió y se alternó con la propaganda por el hecho. En la Rusia de la década de 1880, la profesión más parecida a «editor» era la de «terrorista». La letanía que recitaba el policía zarista era siempre la misma: «¿Dónde está la imprenta? ¿Cuál es el primer eslabón de la cadena de correo? ¿Dónde está la oficina de envíos?». El cerebro de una conspiración era inevitablemente un librero o un impresor y el asunto más enojoso

* *Kolokol* (La campana), era una publicación de agitación contra el zarismo y por la liberación del campesinado que Herzen editaba desde su exilio en Europa. En cuanto a *Iskra* (La chispa) fue un periódico político de los emigrantes socialistas de Rusia. Varios miembros del equipo directivo se involucraron más tarde en la revolución bolchevique de octubre de 1917. [N. de la T.]

⁹ «Nosotros, teóricos, o, mejor dicho, *publicistas* de la socialdemocracia»: V. I. Lenin, «Two tactics of Social Democracy in the Democratic Revolution» (1905), *Collected Works*, Moscú, 1965, vol. IX, pp 15-140.

era siempre cómo trasladar objetos (fuera literatura subversiva o bombas) en lo más profundo de los bolsos de viaje¹⁰.

La caída del comunismo en Europa oriental presenció la extinción de las últimas sociedades ilustradas de Europa, el triunfo de las extravagancias del mundo del espectáculo sobre las ediciones baratas y la merma de los lectores de los clásicos, pues la vieja cultura europea de la imprenta se deslizó hacia la «cultura de masas» importada de Estados Unidos. El secuestro totalitario de la Ilustración y la nueva imaginería global puede llegar a conseguir que la derrota de Diderot en manos de Disneylandia parezca un acto de emancipación. Es una ironía histórica digna de mención el hecho de que la victoria política del humanismo augurase la derrota cultural de las humanidades. Son tiempos prósperos para la televisión y la publicidad en Europa oriental; tiempos difíciles para las librerías y los editores.

Alma mater

Si la historia de la escuela siempre ha estado cargada de significado político, la historia política tiene también implicaciones escolares. La «batalla por la educación» siempre ha figurado en lo más alto de la agenda política de la izquierda; el socialismo, como pedagogía de una cierta visión del mundo, sabía que su propia supervivencia estaba en juego. Cualquier militante que se matriculaba en una escuela de pensamiento socialista debía previamente absorber los hábitos escolares clásicos. El código de honor socialista se inspiraba en el del buen alumno: el que pudiera soportar el aburrimiento del aula triunfaría sobre los enemigos de clase.

Los primeros movimientos obreros surgieron antes de la llegada de la escolarización generalizada; los levantamientos de los trabajadores de la seda, las huelgas de tejedores o las empresas de seguros mutuos no esperaron a la escolarización universal para existir. Sin embargo, el sindicalismo y el «poder de los trabajadores» son ideas limitadas, y la filantropía por sí misma no hubiera producido más que centros de formación para adultos. Fue el proyecto educativo del socialismo el que proyectó su visión más allá de la de los sindicatos y los gremios. Sus partidos se crearon con la fuerza que daba la convicción de que si la clase es un instinto, el socialismo es una toma de conciencia. La tarea de la escuela era, por lo tanto,

¹⁰ Mencionemos de pasada lo extrañas que resultaban las costumbres del «socialismo real» a la Camboya de Pol Pot, y cuán remota resultaba la mística urbana de la alfabetización y el aprendizaje a aquel salvaje culto a la ignorancia rural. Los Jemeres Rojos decretaron: ni libros, ni escuelas. Saquearon las imprentas y bibliotecas de Phnom Penh, clausuraron la universidad, echaron el cierre a los institutos de enseñanza secundaria. El único medio de comunicación permitido era la radio. ¡Un partido sin papeles! El selvático sistema de Pol Pot era consistente: masacrar a los ilustrados, un término que abarcaba a cualquiera que hubiera llegado más allá de la escuela primaria; xenofobia sistemática; rechazo a la civilización urbana, y gerontofobia como axioma político, pues nadie más allá de los 23 años podía pertenecer a la Organización.

no la incubación sino la producción, lo que explica el interés por las cuestiones educativas. «Por cada escuela que se abre, se cierra una prisión». La mística de la emancipación y de la escuela emancipatoria era un tributo de los partidos obreros al Estado burgués.

Numerosos maestros (Guesde y Jaurès entre ellos) oscilaban entre las pizarras y los estrados y tribunas. La Primera Internacional (1864) y la Liga para la Educación de los Trabajadores (1867) aglutinaron su personal, locales y publicaciones. Uno de los primeros actos de la Comuna de París fue nombrar una Comisión de Educación, encabezada por Edouard Vaillant. Louise Michel, deportada a Nueva Caledonia al caer la Comuna, abrió inmediatamente una escuela para los canacos (y si hubiera disfrutado de pulpa de papel y linotipia, no hubiera dudado en lanzar el primer periódico de la isla). El Partido Comunista Francés, en sus inicios de la década de 1920, reclutó a sus cuadros en las filas de maestros y profesores. La sección más estable de la Internacional en el periodo de entreguerras fue precisamente la sección de educación de los trabajadores, dirigida por Georges Cogniot, un latinista en ejercicio.

Si los obreros textiles fueron el centro del imaginario comunista durante la primera revolución industrial, los mineros y obreros del metal tomaron el relevo durante la segunda. Pero es el maestro de escuela, con su modestia espartana o sentenciosa, la figura que nos revela hasta qué punto las raíces del socialismo organizado descansan en la cultura preindustrial de la Ilustración. El antiguo comunista Gérard Belloin, activista e intelectual, autodidacta ilustrado por la Resistencia, aporta un llamativo ejemplo de ecología militante en sus memorias: «Cuando en pequeños grupos pasábamos la noche metiendo panfletos en los buzones o por debajo de las puertas, de camino a casa nos sentíamos tan entusiasmados como el maestro al terminar la lección». Belloin iba más allá, no con afán de ganar puntos para el partido sino por pura devoción. En aquella época (situémonos en 1950, en las orillas del Loira):

De acuerdo con la escala de valores comúnmente aceptada (que sustituye a una explicación a partir de la clase social) es inimaginable que se difame la reputación de un maestro, o se dude de su implicación personal. Se trata al maestro como un depositario del saber, y de hecho son casi los únicos que son considerados como tales junto con médicos, sacerdotes, inspectores de hacienda, notarios y químicos [...] Estaban imbuidos del sagrado respeto popular por el aprendizaje, los libros y los intelectuales¹¹.

La naturaleza ritual de este respeto conforma tanto lo mejor, como el caso de Belloin y los de su clase, como lo peor, como los que lo asediaron y finalmente lo aplastaron. Un germen de estalinismo descansa en la franqueza del enciclopedismo, la estupidez en el seno de la inteligencia. Una

¹¹ Belloin, *Nos rêves, camarades*.

distinción letal prevaleció entre los líderes y sus seguidores: la autoridad intelectual se convirtió en la base de la dominación política. El conocimiento se nacionalizó, debido a que las doctrinas, al igual que los templos o los países, necesitaban de fronteras y de clérigos armados para defenderlas. El déspota más ignorante se encontró adornado por los laureles del conocimiento. El academicismo, la museomanía y el aroma a naftalina que impregnaban las sociedades soviéticas se convirtieron en endémicas cuando la «tradición» se elevó a norma para el futuro: la venganza póstuma del archivo frente a la imaginación. La pedantería, la pesadez y la rigidez del discurso soviético, su melancolía moralista, son inevitables cuando una escuela la emprende contra el pensamiento y lo somete con mano de hierro. El manual se convierte en currículum, y el resultado es la simplificación más cruda, los estereotipos y la hipocresía.

La cultura socialista está paradójicamente vinculada a un currículum elitista que refleja valores «burgueses» por no decir «aristocráticos», cuyo declive aceleró considerablemente el del propio socialismo. El socialismo estuvo marcado durante la primera mitad del siglo xx por un universo educativo que despreciaba los conocimientos técnicos, empresariales, industriales e incluso matemáticos, pero que impartía el latín y el griego como si fueran lenguas vivas. Para el lector actual, explorar los archivos del movimiento obrero francés antes de su «bolchevización» por los comunistas y su estandarización por los socialistas, es como trasladarse de la revista *Hola* a la *Metaphysics and Ethics Review*. Jaurès y Blum poseían el mismo bagaje cultural que Marx y Trotsky, al igual que sus oponentes Barrès y Maurras. Existen afinidades más profundas entre Jaurès y Barrès que entre Jaurès y cualquier líder socialista actual. Así, la lectura vacacional de Jaurès era *De natura rerum* en su idioma original; Blum gustaba de relajarse con la traducción de Lucrecio; hoy en día un cuadro del Partido Socialista se proveerá del *best-seller* del momento y con un periódico escrito en *franglés*. Si optase por Lucrecio perdería el liderazgo en las encuestas de opinión. El biotopo hace al animal, más que al contrario.

La oración matinal del hombre moderno

El libro, la escuela, el periódico: para el militante del partido, el mayor énfasis recae en el tercero. El primero, por efímero, pues la mayor parte de las publicaciones obreras en Francia aparecieron entre 1830 y 1840. De hecho fue *L'Atelier* [El Taller], el periódico de Buchez, el que en 1840 acuñó la expresión «clase obrera». El periodo intermedio fue crucial, en la medida en que el «crear una escuela» mutó hasta convertirse en «crear un partido». Para la Iglesia, un periódico diario es un plus; para un partido es una necesidad. El diario *L'Humanité* fue estratégico para el PCF de un modo en que el periódico *La Croix* [La Cruz] nunca lo hubiera sido para el clero. Las iglesias ya iban y venían mucho antes de la invención de la imprenta, pero no existían partidos obreros antes de la aparición de los periódicos en torno a 1860. La ideología socialista duró lo que resistió la forma de organiza-

ción llamada partido, y el partido duró lo que resistieron los periódicos del partido, es decir, un siglo escaso. *Le Peuple* [El Pueblo], por ejemplo, el órgano de los socialistas belgas, expiró con dignidad en 1979, a la propecta edad de 94 años. Luchó por el sufragio universal, la emancipación de la mujer y los derechos humanos con Jaurès, Vandervelde y Huysmans. Después, únicamente sobrevivió como otra entidad bajo el mismo nombre.

«El periódico no es sólo un propagandista colectivo o un agitador, sino también un instrumento de organización» (Lenin). Sus unidades de distribución de prensa crearon una verdadera red de intercambios y vínculos. Jaurès, Trotsky y Lenin llevaron a cabo las mismas tareas (redacción, composición, impresión, distribución) que Vallès en la publicación *Le cri du peuple* [El grito del pueblo], Elisée Reclus en «Le Révolté» [El rebelde] o Jean Grave en «Temps Nouveaux» [Tiempos nuevos]. Fuera la referencia Marx, Bakunin o Fourier, las palabras impresas se sembraban para después cosechar activistas. Lenin constituyó su partido con *Iskra* [La Chispa], Guesde con «L'égalité» [La Igualdad] y Jaurès con «La Petite République» [La pequeña República]. Cabet propagó su sueño de Ícaro con las mismas herramientas y métodos empleados en su día por Marx y Engels.

El boletín político conllevaba serias consecuencias, atestiguando la transmisión activa de una idea del Hombre entre los hombres; una apuesta arriesgada en el corto plazo. Hoy en día la prensa de la corriente dominante, producto de un conglomerado mediático, está concebida como una caja negra. Los acontecimientos entran y la información sale. Un periódico de clase o de partido tiene un papel bien diferente: transformar una concepción del mundo en pequeños cambios, un sistema filosófico en un lema cotidiano. Los acontecimientos son centralizados por, y bajo, la idea; las energías individuales por el liderazgo. En contraste con el periódico como espejo de la realidad, el periódico como guía cumple con el papel asignado por Kant al esquema: intermediario e intérprete entre el concepto puro y la apariencia de las cosas. En la tradición de la prensa socialista, el autor de la doctrina es su propio intermediario; esto es lo que le distingue de su contemporáneo, el intelectual puro. «La otra profesión que deben practicar los “intelectuales” además de la suya es sin duda la de editor», escribió Andler en su *Life of Lucien Herr*. «Llegará sin duda un día en que escritores y científicos sabrán como funciona un linotipo. Si quieren publicar un libro, podrán alquilar una rotativa, igual que se alquila un coche para conducir»¹².

El propio Herr fue un pionero en este sentido. Bibliotecario de la École Normale, apuntador de Jaurès y Blum, fue durante varios años editor anónimo de la página de la sección de Internacional de *L'Humanité* (nombre que él mismo acuñó). También lo hicieron, a su manera, Aragon, Nizan o D'Astier. Hasta hace muy poco tiempo, para los intelectuales era indispensable poseer conocimientos sobre las técnicas de impresión y funciona-

¹² Charles Andler, *La vie de Lucien Herr*, París, 1977.

miento de una imprenta pues nunca delegaban dicha labor en otros y preferían ser sus propios redactores, copistas, correctores, diseñadores y administradores. A menudo la dirección del periódico y la del partido se solapaban; era impensable pensar en un líder poco ilustrado. Mientras la prensa política servía como un órgano interno en el que se desarrollaban las luchas entre intelectuales, el periódico estaba destinado a lectores profanos y amateurs. Se trataba de un puente entre «la teoría de la vanguardia» y el «movimiento espontáneo de la clase», en palabras de Lenin, o entre la «metafísica» y «el mundo», en palabras de Jaurès. Reunía al pensador y al obrero, y le proporcionaba al socialismo ese puente cotidiano entre el intelectual y el pueblo que la escuela supuso para los republicanos.

Mientras la letra impresa fue el centro neurálgico de este tipo de intercambios, las profesiones de político y de intelectual (desde el gran escritor al tipógrafo) tenían un fundamento común. En su ausencia, la pluma y el torno se dieron la espalda. La especialización de la clase política (como cazadores de votos) coincide en el tiempo con la del sector de artes gráficas, el periodismo o la edición. Desde el siglo xvii hasta el xx, las imprentas eran lugares de encuentro, puntos de contacto entre gentes de distintas profesiones y clases, en las que la polinización cruzada era casi inevitable. Escritores y parlamentarios dejaron de compartir la misma caja de herramientas. Una relación que un día fue práctica y profesional derivó en una tertulia intrascendente.

El partido

Mucho se ha escrito sobre el declive del partido político, así como sobre el del proyecto socialista. Pero un factor que ha sido ampliamente ignorado es la transición desde lo escrito (flexible, descentralizado y asequible) a lo audiovisual (industrial, costoso); la importancia decreciente de la imprenta y el cambio en las técnicas de impresión. La fotocomposición destruyó las últimas bases culturales del movimiento obrero; tanto el oficio de editor como su tradicional casta de entendidos y comentaristas se convirtieron en tecnológicamente redundantes. La letra impresa perdió su papel principal, el intelectual crítico su medio, la política socialista su referencia; los tres entraron en franca crisis. Si «la primera libertad de la prensa es que no es una industria», debe añadirse que, entre 1881 y 1970, la prensa *también* era una industria y que hoy en día es, en primer lugar, una industria. Resulta duro imaginar que en 1904, Herr, Blum y Lévy-Bruhl (un bibliotecario, un jurista y un académico), pudieran crear un periódico diario como *L'Humanité* con una primera edición de 138.000 ejemplares, con un solo donativo de 850.000 francos. Las empresas de comunicación han cambiado su naturaleza al tiempo que su tamaño. La concentración de la propiedad, el peso determinante de la publicidad y la cuantía de las inversiones han disparado los costes del lanzamiento de un periódico muy por encima de las capacidades económicas y técnicas de un puñado de intelectuales sin un céntimo.

La separación del productor de sus medios de producción en la esfera periodística coincide con la de la teoría y la práctica en el ámbito de lo político. A pesar de que todavía existan maquinarias electorales (aún llamadas «partidos» por inercia) que siguen editando boletines internos para sus indiferentes representantes, el puente que una vez unió la acción con el futuro o el partido con los intelectuales se ha derrumbado. Los partidos han dejado de ser emisores de ideas alternativas, mientras escritores y pensadores se incorporan a las cadenas de comunicación que han adquirido una vida industrial y comercial autónoma, tan ajena a la creación intelectual como a la ideología utopista. El deslizamiento de la grafosfera a la videosfera ha disuelto la conexión entre la base técnica del partido y su lógica doctrinal. La distinción entre izquierda y derecha descansaba en la producción disidente: una red de periódicos con oficio, revistas, institutos de investigación, clubes de lectura, conferencias, sociedades y demás. No hay lucha de clases sin clases sociales; pero tampoco lucha entre facciones sin confrontación de opiniones, ni política sin polémica; ni batalla de ideas, cuando el dinero se ha convertido en el único pilar de la guerra que se libra en la pequeña pantalla. En su lugar ha estallado la guerra de imágenes y personalidades, las batallas de la exclusiva y el *verbatim*. Y para esta guerra no se necesitan partidos.

Antiguamente, las actas completas de los congresos socialistas se publicaban seis meses después de tener lugar el evento (las del congreso de 1879 en Marsella, que unificaron el movimiento obrero francés, ocupaban 800 páginas) en un volumen que se convertía en la Biblia del militante hasta la siguiente reunión. El mundo político nunca ha sido testigo de tantos foros, conferencias, convenciones como hoy en día, pero en vano buscaremos sus conclusiones en las librerías. Los participantes «hablan» de ideas igual que hablamos de ropa. Las mociones (impresas) son meros pretextos para establecer alianzas tácticas entre campeones telegénicos. En términos mediológicos, sólo sería levemente exagerado decir que debido a que no se publican los debates, no hay concurso de ideas; la televisión, la siguiente prueba de rendimiento, no las necesita. De ahí la nueva ideología antiideológica y la sustitución de los programas de partido por las propuestas individuales, las posiciones teóricas por las personales.

Sin lugar a dudas, en términos cuantitativos los libros, las escuelas y los periódicos funcionan hoy mejor que nunca. Nunca ha habido tantos volúmenes, estudiantes, autores y editores, pero las mediasferas no son una cuestión de estadísticas. De hecho, puede existir incluso una relación inversa entre el eclipse de la forma y la proliferación del contenido; entre las escalas de la producción y su estatus. La escolarización generalizada diluyó y arrasó el poder simbólico de la universidad o la escuela. La educación es hoy en día un servicio público, como el metro o el suministro eléctrico, que trata con clientes más que con discípulos. Existen muchas más bibliotecas públicas en la videosfera de las que había en la grafosfera, pero lo que era «el taller del espíritu humano» (Abbé Grégoire) se ha convertido en un lugar de tránsito, de acceso a la información. Nunca antes se han publicado

tantos libros (35.000 nuevos títulos al año en Francia) o tantas copias. Pero la lectura se encoje, y el aura del libro, o lo que queda de él, se ha transferido a la cara del autor, en la medida en que eso es lo que aparece en televisión. La palabra impresa puede aún, excepcionalmente, matar. ¿Pero acaso puede todavía dar la vida a alguna cosa? Y si así fuera, ¿a qué?

Tiempo, velocidad y medio ambiente

El primer elemento de una reacción: la temporalidad. Las metáforas de la difusión, hablemos de calor o de fluidos, implican procesos que operan con lentitud. En 1850 o 1880 una idea que en un principio pasaba inadvertida no tenía por qué caer en el olvido, pues la química se tomaba su tiempo. Un mensaje podía sobrevivir en una estantería, esperando un encuentro posterior. El mejor ejemplo de esta acción retardada es la propagación de la obra de Marx. Para que sus obras tuviesen algún efecto hicieron falta treinta o cuarenta años, y el lapso de tiempo que separó su producción de su transmisión resultó crucial para la influencia de su doctrina. La primera edición francesa del primer volumen de *El Capital* tardó veinticinco años en agotarse. En la famosa carta de 1872 al «Ciudadano Maurice Lechâtre» que sirve de prefacio al libro, Marx escribió: «Apruebo su idea de publicar la traducción de *Das Kapital* por entregas. Con ese formato, la obra será más accesible a la clase obrera, y para mí eso vale más que cualquier otra cosa». Sin embargo, a la clase obrera le llevó algún tiempo «acceder» a la conciencia de su propia explotación. Entre 1872 y 1875, Lechâtre se hizo cargo de 44 fascículos de 40 páginas cada uno. La primera y osada entrega se compuso de 10.000 copias a diez céntimos. La demanda llegó a su máximo el primer día: se vendieron 234 copias. Entonces llegó el desastre. No había dinero para publicidad, ni apoyo de ninguna organización política. No fue hasta 25 años más tarde, con la ayuda del Partido Obrero de Jules Guesde, que se vendieron las entregas restantes¹³. De hecho, hasta 1890, siete años después de la muerte de Marx, *El Capital* no empezó a ser tomado en serio entre un puñado de militantes y estudiosos, pues hasta entonces sólo había sido leído en su forma condensada (la sinopsis de Delville de 1883, que tan sólo contaba con 253 páginas) o presentado en seminarios como los de Lafargue.

El *Manifiesto Comunista*, publicado en Londres en alemán, apenas provocó ninguna reacción. En la época de la Comuna, en 1871, estaba considerado una «curiosidad bibliográfica». Hasta 1872 no fue publicado en francés, 24 años después de ser escrito, como cortesía de Laura Lafargue, hija de Marx; en 1885, empezó a disfrutar de un discreto éxito. *Miseria de la filosofía* se autoeditó en París en junio de 1847 y seis meses después tan sólo se habían vendido 96 copias. El editor entregó copias de regalo a los amigos del autor, tan sólo a cambio de 15 céntimos por el empaquetado y el

¹³ Véase Maurice Dommanget, *L'introduction du marxisme en France*, Laussane, 1969.

envío: todos le fueron devueltos. La *Histoire du communisme* (1848) de Alfred Sudre no dedica ni una sola palabra a Marx o Engels en sus 532 páginas. La primera edición de *El capital* mereció dos reseñas en francés, ambas en crípticas y sesudas publicaciones cuya autoría corresponde a Maurice Bloch (en el *Journal des Economistes*), y a Roberty (en *Philosophie Positive*), quien por cierto reprocha al autor «no hacer nada sino criticar, sin ofrecer propuestas concretas para el futuro». La aparición de un artículo sobre su trabajo en una revista inglesa fue un acontecimiento tan infrecuente como para que en el invierno de 1881 Marx se lo mostrase a su mujer en el lecho de muerte, «para iluminar sus últimos momentos» tal como él mismo escribió. Volviendo la vista atrás desde un mundo en el que la vida y el estatus de Marx sostienen enteras escuelas de investigación en ciencias humanas, la cuestión es cómo un ensayista prácticamente desconocido de obras tan complejas, ninguna de las cuales causó en su momento conmoción alguna, pudo posteriormente «informar» al mundo entero durante un centenar de años.

Un segundo elemento: el medio. Los mamíferos no se extendieron por el planeta durante los 140 millones de años que duró la Era Mesozoica; sólo la repentina extinción de los dinosaurios al final del Cretácico les permitió aventurarse al exterior de sus altamente especializados nichos y multiplicarse por la tierra firme. Hasta que el levantamiento geofísico de las masas continentales provocó un auspicioso cambio climático (y por tanto también de la flora y la fauna), la competencia con los reptiles voladores y los braquiosauros de 50 toneladas era inimaginable, tan grande era la desproporción entre los distintos medios de supervivencia de las especies.

El equilibrio en el seno de los biotopos culturales es igualmente delicado, y en la jungla de las ideas sociales la supervivencia del más apto presupone una cierta proporción en los medios para la lucha. Marx se benefició de las inusualmente moderadas condiciones de la grafosfera preindustrial: una población mundial pequeña y una alfabetización escasa en Occidente se traducían en una escasez de libros en el mercado y, por lo tanto, una batalla más fácil para su reconocimiento, siendo todas las armas más o menos iguales. En la época de Marx, Victor Hugo o Michelet, la circulación de un libro «difícil» comparada con un *best-seller* era de uno contra diez, o más frecuentemente uno contra cinco. Hoy en día la ratio es de uno contra mil. En 1848, el joven Marx publicaba unas mil copias de cada panfleto o publicación periódica (800 ejemplares de *Miseria de la filosofía*; 1.000 del *Anuario franco-alemán*, en el que aparecen «Sobre la cuestión judía» y «Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel»). Pero los escritores de primera fila no iban más allá de tres o cuatro mil. En la actualidad, y a pesar del enorme incremento del público lector, esa cifra sigue siendo similar en los trabajos sobre teoría política, historia económica o sociología; el autor de una obra de investigación crítica alternativa a la dominante puede darse por satisfecho si alcanza los dos mil lectores. Pero las plataformas de lanzamiento de los medios de comunicación masiva a disposición de aquellos que dominan las ventas sirven también para pulverizar a las pequeñas pro-

ducciones intelectuales, más complejas y, por lo tanto, más vulnerables, que no tienen tiempo para hacerse con un nicho propio debido a la drástica reducción de la esperanza de vida de los libros, que se reduce a tres meses para una publicación de éxito; el resto se mantiene en los escaparates de las librerías durante como mucho tres semanas. Los números de los editores se han hinchado, pero también lo ha hecho su tasa de mortalidad.

Parece pues que la crítica marxista del capitalismo no habría podido extenderse si el capitalismo industrial ya se hubiera apropiado en aquél momento de la esfera de los bienes simbólicos. Marx se benefició del retraso de los circuitos culturales en relación con los de la producción de mercado. Un siglo más tarde habría perdido su oportunidad. Aunque todo permanecía intacto en otros frentes, en la lógica de la imagen y los mercados (tertulias literarias, los diez más vendidos de la semana...) *Das Kapital* hubiera permanecido donde estuvo cuando fue publicado por vez primera: como una extravagancia erudita para bibliófilos, y no como la fuente de una corriente política de masas. Marx y Engels escribieron entre dos eras tecnológicas, la de la «máquina mecánica», que aliviaba el esfuerzo muscular, y la de la «máquina energética», que aprovechaba los recursos naturales. El socialismo de Estado se desarrolló en la segunda coyuntura: la maquinaria semoviente y la maquinaria informativa, el coche y la televisión. Asimismo, el siglo de altibajos sufrido por el comunismo pivotó en torno a dos eras y dos tipos de memoria, la literal y la analógica. El «socialismo científico» no sobreviviría al deslizamiento de la transmisión electromecánica (la rotativa, el telégrafo) a la radiodifusión electrónica. El partido único no se lleva bien con el teléfono: sobrevivió al telégrafo, pero la radio transistor fue su límite. El tubo catódico y el chip de silicón supusieron su crisis total. Las comunicaciones internacionales por radio barrieron las reliquias, y el satélite de emisión en directo presidió su funeral.

Una crisis de reproducción cultural como la del socialismo tiende a contemplar las leyes que rigen otras culturas desde una óptica similar. Debemos guardarnos de emular a aquel trotskista estadounidense que, tomando nota de la extinción del trostkismo en Estados Unidos en la posguerra, postuló la muerte de todas las ideologías del planeta. Confundir la cultura con una cultura o el final de una era con el final del tiempo es el típico error del tradicionalista. Cada ocaso es el heraldo de un renacimiento, y los dioses que se escaparon por la puerta delantera sin duda regresarán, más pronto o más tarde, por la ventana.

Cárcel, exilio, teléfono

Una ecología del socialismo debe tener en cuenta los factores extraculturales, por no decir directamente contraculturales, que un día aseguraron la cohesión de la comunidad. Como un musulmán o un cristiano, un militante nunca está realmente aislado; siempre es miembro del colectivo. El compromiso político avanza a través de una transferencia de la imagen del gru-

po al individuo, y la intensidad del sentido militante de pertenencia es la medida de su capacidad de iniciativa. La etología nos ha enseñado que una sociedad de primates debe estructurarse en una red tan compacta como hostil sea el entorno; a este respecto los revolucionarios, como todos los creyentes, son un poco más primates que la mayoría¹⁴. Por otra parte, presentan una necesidad visceral de destierro y prisión. Estas eran las condiciones históricas para la creación de medios de pensamiento testarudo y obstinado. Aupado a las alturas, el «movimiento obrero» se vino abajo pues su cerebro dejó de funcionar en el momento en que cambió su envidiable estatus de oprimido por la letal posición de opresor. De ahí la inmensa superioridad espiritual de los disidentes de Europa del Este sobre los burócratas gobernantes, en la medida en que los primeros recuperaron todos los recursos de la antigua *intelligentsia* separatista, entre ellos la prisión y el exilio. La enseñanza que sacamos de un siglo de expansiones y contracciones del socialismo es que mientras hay represión, hay esperanza.

En otras palabras, el socialismo fue un intento de establecer un medio ambiente alternativo de difusión en el seno de un medio hostil. ¿Hubiera sido posible que la idea se convirtiese en una «ideología» si los microcircuitos de solidaridad no hubieran establecido un minimedio de uso propio en el seno de su espacio informe? Las redes de información baratas y sostenibles, las comunidades alternativas y las contraculturas debían su capacidad de resistencia a las fuerzas que los asediaban desde el exterior. Para hacer saltar la chispa del mito escrito a la acción social, los electricistas de la emancipación obrera tuvieron que desconectar los cables principales e instalar un cableado provisional autónomo. Los métodos de organización clandestinos sirvieron como cubierta protectora para aislar el telégrafo proletario de las interferencias burguesas. El romanticismo de la clandestinidad fue esencialmente un pragmatismo comunicativo. Rastrear las huellas de la revolución en los últimos dos siglos nos llevaría a multitud de guardias y esquinas oscuras que Rabelais evocó como los lugares inevitables para el «rumor y la conspiración».

Pero a pesar de tener todos los sentidos ocupados cada tarde por el mismo boletín en cuatro versiones, las paredes de la celda o de la secta son en primer lugar perforadas y en segundo liquidadas por las ondas. Hasta la fecha, se ha logrado más o menos mantener la diferencia de presión o temperatura con la del mundo exterior. Pero la homogeneización de flujos simbólicos tiende a disolver los núcleos no conformistas en un gas hegemónico común. La televisión, hoy en día interfaz principal de todos los grupos sociales, erosiona los límites entre dentro y fuera y nivela el acceso a la información. Como militante de base, ¿por qué debo molestarme en asistir a los encuentros del partido cuando el noticiero televisivo me ofrecerá el resumen de ocho horas de debate, y cuando mi vecino del rellano averiguará tanto como yo acerca de mi partido sin perder el tiempo? En cuanto al

¹⁴ Primate: mamífero placentario con dentadura completa y manos prensiles.

periodista, sabe tanto y a menudo más que el líder del partido, en la medida en que habla con todo el mundo y todo el mundo habla con él. El sostén ideológico de la televisión invalida el del partido, pues su manera de organizar a la gente sepulta y homogeneiza todo grupo especializado.

En contraste, los dos nichos evolutivos privilegiados del socialista revolucionario fueron en su día la prisión y el exilio. La prisión, para concentrarse; el exilio, para hacer campaña. La lectura y la escritura eran por definición actividades de lujo, en la medida en que implican tener tiempo libre. Y ¿dónde puede uno disfrutar de más tiempo para sí mismo que en los calabozos del siglo XIX? La prisión era la segunda universidad del disidente, su lugar para el mayor aprendizaje y la más alta conciencia moral. «Cuando un hombre sabe que va a estar a la sombra durante un par de semanas» afirmaba Samuel Johnson, «se concentra maravillosamente». Y en palabras de Proudhon: «Todo lo que soy se lo debo a la desesperación». ¡Burócrata!: desconfía de los intelectuales que han estado en prisión, pues han madurado y están fuertes. Contra el capitalismo en Occidente y el comunismo en el Este, los laboratorios de protesta social se hallaban en los centros de detención y campos de prisioneros de los dictadores. Derecha e izquierda, revolucionarios y contrarrevolucionarios (Joseph de Maistre o Solzhenitsyn, Dostoyevsky o Maurras) se han beneficiado por su parte de estos privilegios mediológicos. La religión ortodoxa salió de los campos de internamiento soviéticos en mucha mejor forma de lo que había entrado.

La lista de honor de las prisiones europeas entre 1840 y 1930 nos proporciona un recuento de marxistas laureados que termina en el Este con los campos de trabajo estalinistas (y Victor Serge). En occidente, los prisioneros del capital constituyen los eslabones de una cadena anticapitalista, desde Babeuf hasta Proudhon o Gramsci, Blanqui, Bebel y Guesde. La deportación a Siberia permitió a Lenin terminar su obra más importante, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* [1899], que empezó en una prisión de San Petersburgo. Liebknecht, Luxemburg, Trotsky, Blum (que escribió su mejor obra en prisión): casi todos los que han dejado su huella en el pensamiento socialista pasaron algún tiempo entre rejas. El exilio nos trajo a «Marx y Engels» desterrados en su juventud. Durante medio siglo, la mayor parte de la *intelligentsia* rusa fue empujada a la clandestinidad (y a organizarse) por parte del régimen zarista. El socialismo francés nació en Inglaterra; el comunismo italiano, chino o vietnamita, en Francia. Perseguido por doquier, el viejo socialismo nació vinculado al paso de fronteras y emergió como un producto puro de la cultura europea. El nivel de una civilización, decía Lucien Herr, puede medirse por su grado de cosmopolitismo. El ser desarraigado despierta la razón a través de la comparación, lo que suele ser un buen comienzo.

Stalin y Mao no figuran en la lista del exilio: Stalin rara vez salió de Rusia y Mao hizo lo propio con China (excepto para viajar a Moscú, donde se encerraba para evitar contemplar el mundo exterior). Los déspotas del social-feudalismo tenían almas sedentarias. Como norma, los grandes paranoicos

	Logosfera (escritura)	Grafosfera (imprensa)	Videosfera (audiovisual)
<i>Grupo ideal; tendencia política</i>	Lo único (Ciudad, Imperio, Reino); absolutismo	Todos (Nación, población, Estado); Nacionalismo y totalitarismo	Cada uno (población, sociedad, mundo); Individualismo y anomia
<i>Figura temporal; vector</i>	Círculo (lo Eterno, repetición); Orientado hacia el pasado	Línea (historia, Progreso) Orientado hacia el futuro	Punto (acontecimientos actuales); Orientado hacia sí mismo: culto al presente
<i>Generación canónica</i>	Anciano	Adulto	Joven
<i>Clase espiritual</i>	La Iglesia (profetas, clérigos)	<i>Intelligentia</i> (profesores, doctores)	Medios de comunicación (presentadores, productores)
<i>Referencia legitimadora</i>	Lo divino (por ser sagrado)	Lo ideal (porque es lo verdadero)	Lo efectivo (porque funciona)
<i>Fuerza impulsora</i>	Fe (fanatismo)	Ley (dogmatismo)	Opinión (relativismo)
<i>Estatus del individuo</i>	Sujeto (que debe obedecer)	Ciudadano (para ser persuadido)	Consumidor (para ser seducido)
<i>Mito identificatorio</i>	El santo	El héroe	El famoso
<i>Máxima de la autoridad personal</i>	«Palabra de Dios»	«Lo he leído»	«Lo vi en televisión»
<i>Base de la autoridad simbólica</i>	Lo invisible	Lo legible	Lo visible
<i>Centro de gravedad subjetivo</i>	El alma	La conciencia	El cuerpo

sólo hablan su lengua materna. Anclados a la tierra, carecen de toda curiosidad por el otro, de todo impulso de cuestionamiento o de fusión con aquél. Los autócratas temen viajar, pues temen desorientarse o tener encuentros desagradables.

Sin embargo, la mediasfera parece haber hurtado a las diásporas su antigua productividad. La dispersión solía favorecer la creatividad intelectual estimulando el intercambio por escrito. Los cuerpos se encuentran con menos frecuencia, pero las mentes mantenían un contacto cercano. Debemos considerar la deuda de la literatura socialista con el arte epistolar: Marx y Engels trabajaron la mitad de sus teorías por carta, y virtualmente toda su actividad política tuvo que pasar por el buzón; la Primera Internacional fue concebida por Marx como una oficina de correspondencia central de la clase obrera. Hoy en día los militantes socializan más y saben menos de las ideas de los otros. Más conversación significa menos controversia. El teléfono destruyó el arte de la correspondencia, y en el proceso decreció la estatura moral de los intentos de sistematización racional; el email no la ha restaurado. Pocas veces cogemos el teléfono para comunicar una compleja secuencia de principios: lo utilizamos para charlar. El discurso parece haberse reducido a la esfera de la intimidad y de la vida privada. El teléfono móvil, Internet, el portátil y el avión están muy bien para la internacionalización, pero convierten la solidaridad en menos orgánica, lo que resulta letal para el internacionalismo. Aumentan la esfera de las relaciones individuales, pero las privatizan al mismo tiempo; particularizan incluso globalizando. El teléfono móvil es un permanente vis a vis que aparta lo universal de nuestro pensamiento.

La crisis del socialismo supone que incluso aunque se recuperasen sus principios fundacionales, no podría regresarse a su lógica cultural fundacional, ni rescatar sus circuitos de producción de pensamiento o difusión del mismo. El colapso de la grafosfera lo ha forzado a guardar sus armas y unirse a la videosfera, cuyas redes de pensamiento son letales para su cultura. Un ejemplo práctico: para averiguar qué ocurre hay que ver la televisión y, por lo tanto, quedarse en casa. Estamos ante una suerte de arresto domiciliario burgués en el que bajo la cabal apariencia de que «la casa de un hombre es su castillo», oculta en realidad un pragmático «cada uno a lo suyo». La desmovilización del ciudadano se inicia con la inmovilización física del espectador.

¿Qué otras implicaciones para el pensamiento social pueden extraerse de los «tres estados» de logosfera, grafosfera y videosfera en torno a la palabra, la prensa o la pantalla? Sería posible tabular una serie de normas y funciones inherentes a toda colectividad social, y dibujar los modos y formas particulares que han respondido a cada una en cada época sucesiva (véase el cuadro adjunto). De este modo, la autoridad simbólica de la logosfera es lo invisible; la de la grafosfera es la palabra impresa; la de la videosfera, lo visible. El estatus del individuo: sujeto; ciudadano; consumidor. Y la máxima de la autoridad personal: «palabra de Dios»; «lo leí»; «lo vi por televisión».

No obstante, aunque estos tres regímenes se hayan sucedido cronológicamente, cada uno reivindicando sus propias formas y modos predominantes, es evidente que cada uno contiene todas las épocas al tiempo. En cada uno de nosotros descansa un oriente caligráfico, una Europa de la imprenta, un Estados Unidos de la pantalla; y los continentes negocian en nuestro interior sin querer perder su lugar. Cada uno de nosotros somos, simultáneamente, Dios, Razón y Emoción; teócrata, ideócrata, videócrata; santo, héroe y estrella. Soñamos con nosotros mismos como si estuviéramos al margen del tiempo; pensamos en nuestro siglo; dudamos qué hacer cada tarde.